

Índice

El conservadurismo aventurero
de Michael Oakeshott

Jesús Silva-Herzog Márquez 9

La actitud conservadora

Michael Oakeshott 43



Michael Oakeshott

Chelsfield, Kent, 1901

Acton, Dorset, 1990

Considerado por muchos como uno de los autores más destacados y originales del pensamiento británico del siglo pasado, su obra se ha comparado con la de Hume o Burke.

Fue entre 1925 y 1949 profesor de Historia de las Ideas Políticas en la Universidad de Cambridge y, tras un breve paso por la Universidad de Oxford, catedrático de Ciencia Política en la London School of Economics (1951-1968).

Si bien conservador en su disposición, su respeto por la tradición estaba íntimamente ligado con un compromiso radical con la libertad del ser humano, con un liberalismo que cabría calificar como escéptico al mismo tiempo que sereno y frugal. Sus críticas a algunos aspectos de la vida moderna (la educación

convertida en “ingeniería social”, por ejemplo) se fundamentaban no en la nostalgia del pasado sino en la conveniencia de salvaguardar aquellos aspectos de la civilización moderna que permitieron, a su entender, el desarrollo de la individualidad: el rechazo de toda dominación, la necesidad de respetar la pluralidad, la primacía de la experiencia sobre la teoría o de la vida práctica sobre la *vita contemplativa*, la humilde pero gozosa reconciliación con las imperfecciones de la vida serían, según él, algunos de los fundamentos de la civilidad y de la libertad: de la libertad entendida como acción individual inteligente.

En una compleja obra que abarca la historia de las ideas políticas, la filosofía, la religión, la moral y la educación o el significado de la historia, destacan los siguientes libros, en su mayoría recopilaciones de ensayos cuidadosamente contruidos:

Experience and its Modes (1933)

Rationalism in Politics and Other Essays (1962)

On Human Conduct (1975)

Hobbes on Civil Association (1975)

On History (1983)

The Voice of Liberal Learning (1989)

Morality and Politics in Modern Europe (1993)

La actitud conservadora

Michael Oakeshott

“On Being Conservative”

Conferencia pronunciada en 1956

en la Universidad de Swansea,

Gales, Reino Unido

No comparto la creencia general de que resulta imposible (o, si no imposible, tan poco prometedor que no vale la pena intentarlo) deducir principios generales explicativos de lo que se conoce como conducta conservadora. Puede ser verdad que la conducta conservadora no encaje fácilmente en el lenguaje de las ideas generales y que, por consiguiente, haya existido una cierta renuencia a realizar este tipo de análisis; sin embargo, no debe suponerse que la conducta conservadora sea menos idónea que cualquier otra para este tipo de interpretación, en lo que ésta pueda tener de útil. No es esto, sin embargo, lo que aquí me propongo hacer. Lo que quiero analizar no es ni un credo ni una doctrina sino una actitud, una dis-

posición. Ser conservador significa ser propenso a pensar y a comportarse de determinada manera; tender a preferir determinados tipos de conducta y determinadas condiciones para la circunstancia humana a otras; significa ser propenso a elegir determinadas opciones. Y mi intención aquí es analizar esta disposición tal como se da en nuestra época, antes que trasladarla al lenguaje de los principios generales.

No resulta difícil discernir las características generales de esta actitud, a pesar de que han sido frecuentemente mal interpretadas. Se resumen en la propensión a usar y disfrutar de lo que se tiene en vez de desear o buscar otra cosa; a deleitarse con lo presente antes que con lo ya fue o podría ser. Fruto de la reflexión bien podría resultar una contenida gratitud por lo que hay y, por tanto, un agradecer el regalo o herencia del pasado; pero no se trata de una simple idolatría por lo que ya pasó y no ha de volver. Lo que se valora es el presente y se aprecia no por sus conexiones con una remota antigüedad ni porque se considere superior a cualquier otra alternativa posible, sino por su familiaridad: no es un *Verweile doch, du bist so schön*, ("Quédate; eres tan bello") sino un *Stay with me because I am attached to you* (un "Quédate conmigo porque te tengo cariño".)

Ante un presente árido que poco o nada ofrece que se pueda usar o disfrutar, esta inclinación será débil o

nula; si el presente es notoriamente inestable, la inclinación se manifestará en la búsqueda de apoyos firmes y, sí, acudirá al pasado para explorarlo. Pero esta disposición se afirma en toda su plenitud cuando es mucho lo que se puede disfrutar y se hará tanto más fuerte cuando los motivos del disfrute corran riesgo evidente de perderse. En resumen, se trata de la actitud propia de una persona plenamente consciente de que puede perder algo que ha aprendido a valorar; propia de una persona que, en cierto modo, tiene mucho que disfrutar, aunque no tanto como para no importarle perder las oportunidades de hacerlo. Esta disposición se manifestará, naturalmente, más entre las personas mayores que entre los jóvenes y no porque los mayores sean más sensibles a la pérdida sino porque tienen mayor conciencia de los recursos que ofrece este mundo y suelen, por tanto, ser menos propensos a considerarlos inadecuados. En algunas personas, esta disposición es tímida sencillamente porque desconocen lo que el mundo tiene que ofrecerles: ven un presente carente de oportunidades.

Ser conservador consiste, por tanto, en preferir lo familiar a lo desconocido, lo contrastado a lo no probado, los hechos al misterio, lo real a lo posible, lo limitado a lo ilimitado, lo cercano a lo distante, lo suficiente a lo superabundante, lo conveniente a lo perfecto, la felicidad presente a la dicha utópica. Las

relaciones y las lealtades familiares serán preferidas a la fascinación de vínculos potencialmente más provechosos. El adquirir y aumentar será menos importante que el mantener, cuidar y disfrutar. El pesar que provoca la pérdida será más agudo que la excitación que suscita la novedad o la promesa. Se trata de estar a la altura de la propia suerte, de vivir conforme a los propios medios, contentarse con perfeccionarse en función de las circunstancias que nos rodean. En algunas personas esta disposición resulta de una elección; en otras, la disposición se manifiesta, con más o menos frecuencia, en sus preferencias y aversiones, pero no es ni elegida ni expresamente cultivada.

Ahora bien, todo esto tiene su reflejo en una determinada actitud ante el cambio y la innovación; entendiéndolo por ‘cambio’ aquello que denota alteraciones que hemos de padecer y por ‘innovación’ aquello que proyectamos y realizamos. Los cambios son circunstancias a las que hemos de adaptarnos, y la disposición conservadora se manifiesta entonces tanto como el emblema de nuestra dificultad para lograrlo como el recurso al que se acude para conseguirlo. Los cambios carecen de efectos sólo para aquellos que no se dan cuenta de nada, que ignoran lo que poseen y permanecen apáticos ante sus circunstancias; y suelen ser celebrados indiscriminadamente sólo por aquellos que no valoran nada, cuyos

vínculos son efímeros y que desconocen el amor y el afecto. La disposición conservadora no provoca ninguna de estas dos actitudes: la propensión a disfrutar de lo presente y disponible es lo opuesto a la ignorancia y apatía y alimenta, por el contrario, la unión y el afecto. De ahí la aversión al cambio, toda vez que éste se presenta siempre, primero, como una pérdida. Una tormenta que arrasa un matorral o transforma un paisaje amado, la muerte de los amigos, el decaer de una amistad, el abandono de hábitos de conducta, la jubilación del payaso preferido, el exilio involuntario, el cambio de fortuna, la pérdida de habilidades y su sustitución por otras: son cambios, acaso no todos sin compensación, que la persona de temperamento conservador inevitablemente lamentará. Cambios con los que le será difícil conciliarse pero no porque lo perdido fuera intrínsecamente mejor que cualquier otra alternativa o no fuera susceptible de mejora, ni tampoco porque lo que venga a ocupar su lugar no se pueda aprovechar o disfrutar, sino porque lo perdido era algo que realmente disfrutaba, que había aprendido a disfrutar, y aquello que lo reemplaza es algo por lo que aún no tiene apego. Los cambios pequeños y lentos le resultarán, en consecuencia, más tolerables que los grandes y repentinos, y valorará sobremanera toda apariencia de continuidad. Algunos cambios, sin duda, no presentarán ninguna dificultad, pero, nueva-

mente, no porque traigan progresos evidentes sino, simplemente, porque serán fácilmente asimilados: el paso de las estaciones se mitiga porque recurre y el crecimiento de los niños porque es continuo. Y, por lo general, el temperamento conservador se adaptará más fácilmente a los cambios que no desdican expectativas que a la destrucción de lo que no parece llevar en sí el motivo de su disolución.

Es más, ser conservador no consiste sólo en rehuir el cambio (que puede ser una idiosincrasia); es también una forma de adaptarse a los cambios, una actividad, ésta, ineludible para el ser humano. Y esto porque el cambio es una amenaza para la identidad, y todo cambio es un emblema de la extinción. Pero la identidad del ser humano (o de una comunidad) no es más que una continua repetición de contingencias, cada una a merced de la circunstancia y cada cual relevante según sea su familiaridad. La identidad no es una fortaleza a la que podamos retirarnos; la única forma que tenemos de defenderla (es decir, de defender nuestro ser) contra las fuerzas hostiles del cambio es el amplio campo de nuestra experiencia: apoyándonos en aquello que en cada momento muestre más firmeza, adhiriéndonos a aquellas costumbres que no estén inminentemente amenazadas y asimilando así lo nuevo sin volvernos irreconocibles a nosotros mismos. Cuando los masai de Kenya fueron trasladados

desde sus antiguas tierras a su actual reserva, se llevaron consigo los nombres de sus cerros, llanuras y ríos, y se los dieron a los cerros, llanuras y ríos de las nuevas tierras. Gracias a subterfugios del conservadurismo como este, toda persona o pueblo compelido a sufrir un cambio importante evita la deshonra de la extinción.

Los cambios acontecen inevitablemente, y una persona de temperamento conservador (es decir, firmemente decidida a preservar su identidad) no puede permanecer indiferente ante ellos. En general, los juzgará por el trastorno que acarrearán y, como cualquier persona, usará de todos sus recursos para conllevarlos. La idea de innovación, por otra parte, suele significar mejora. Sin embargo, una persona conservadora no es propiamente un ardiente innovador. En primer lugar, no tiende a pensar que no ocurre nada salvo si se dan grandes cambios y, por consiguiente, no le preocupa la ausencia de innovación: concentra gran parte de su atención en el uso y aprovechamiento de las cosas tal como son. Además, sabe que no toda innovación supone, de hecho, un avance, y considerará que innovar sin mejorar es una locura, ya sea premeditada o inconsciente. Más aún, incluso cuando una innovación se presente como una mejora convincente, se lo pensará dos veces antes de aceptarla. Desde su punto de vista, dado que todo avance impli-

ca cambio, siempre convendrá contrapesar la ruptura que implica con el beneficio prometido. Pero, hecho el contrapeso, pasará a hacer otras consideraciones. La innovación es siempre una empresa ambigua, donde la ganancia y la pérdida (incluso si no se considera la pérdida de familiaridad) están tan estrechamente entrelazadas que resulta muy difícil predecir el saldo final: ningún progreso es absoluto. En efecto, la innovación es una actividad que genera no ya sólo el "mejoramiento" buscado sino, también, una nueva y compleja situación en la que éste es sólo uno de sus componentes. El cambio efectivamente resultante es siempre más amplio que el cambio previsto, y resulta imposible prever o contener todo lo que acabará produciéndose. De modo que, cada vez que hay una innovación, se puede dar por seguro que el cambio resultante será siempre mayor que el previsto, que habrá tanto pérdidas como ganancias y que éstas no quedarán distribuidas por igual entre la gente afectada. Existe la posibilidad de que los beneficios que se obtengan sean mayores que los previstos, pero también existe el riesgo de que éstos sean contrarrestados por los cambios a peor.

De todo esto, la persona de temperamento conservador saca algunas conclusiones. En primer lugar, considerará que la innovación implica una pérdida segura y una ganancia probable, de modo que el peso

de la prueba, la demostración de que el cambio resultará, en última instancia, beneficioso, recae sobre el que pretende innovar. En segundo lugar, estimará que mientras más se parezca la innovación al crecimiento (es decir, mientras pueda comprenderse clara e íntimamente y no sea simplemente impuesta) menos posibilidades habrá de que acabe predominando la pérdida. En tercer lugar, pensará que la innovación que viene a corregir un defecto puntual, esto es, que se diseña para compensar algún desajuste específico, es más deseable que la alentada por una noción de mejoramiento general de las circunstancias humanas, y mucho más deseable que la animada por una visión de la perfección. Preferirá, por tanto, las pequeñas y limitadas innovaciones a las grandes e inciertas. En cuarto lugar, preferirá el ritmo lento al rápido, para poder así detenerse a observar los efectos que se producen y ajustar lo que proceda. Por último, estimará que el momento es importante y que —siendo todo lo demás constante— la ocasión más favorable para la innovación es aquella en la que el cambio proyectado tendrá más probabilidades de ajustarse a lo que pretende y menos de acabar corrompido por consecuencias no buscadas y no controlables.

La disposición conservadora es, pues, cálida y positiva con respecto al disfrute de lo que hay y, correlativamente, fría y crítica con respecto al cambio y la

innovación: estas dos inclinaciones se apoyan y explican mutuamente. La persona de temperamento conservador piensa que no debe renunciarse alegremente a un bien conocido por una mejora desconocida. No ama lo peligroso ni lo difícil; no es aventurero; nada le lleva a navegar mares ignotos; nada hay para él de mágico en estar desorientado, perdido o naufragado. Si se ve impelido a navegar lo desconocido, creará conveniente sondear la ruta a cada instante. Lo que los demás probablemente identifiquen como timidez, él lo calificará como prudencia racional; lo que los demás interpreten como inactividad, será para él una propensión a disfrutar antes que a explorar. Es persona cautelosa y tiende a indicar su aprobación o desaprobación no en términos absolutos sino medidos. Sopesa la situación en función de la posibilidad de que se quiebre la familiaridad de los elementos de su mundo.

II

Se suele pensar que esta actitud conservadora está profundamente arraigada en la llamada "naturaleza humana". El cambio cansa, la innovación requiere esfuerzo, y el ser humano (así se suele decir) tienden más a ser perezoso que activo. Si ha dado con una forma no insatisfactoria de salir adelante, no querrá